

Hernando Holguín y Caro

(Conclusión)

De Génova pasamos a Niza y luego a Marsella, de donde Hernando se dirigió a París. Yo regresé a Madrid, a donde él vino a reunirse de nuevo conmigo en la siguiente primavera. Teníamos el propósito de visitar las principales ciudades de España y pasar la Semana Santa en Sevilla; pero una novedad en su salud nos obligó a renunciar a este halagüeño proyecto. Regresó a París, a donde lo seguí bien pronto, para preparar el viaje a Colombia, el cual se efectuó en agosto de 1896.

Gozó mucho Hernando en Europa, pero no hubiera deseado prolongar su permanencia en el viejo mundo: tenía la mirada fija en su hogar; y puesto el pensamiento en su proyectado matrimonio. Su correspondencia no solo contiene una relación pormenorizada de sus viajes; sino que es una especie de diario íntimo, en donde desahogaba los sentimientos de su alma; su amor de Dios, su confianza absoluta en la Providencia; sumisión a la voluntad divina; sus efusiones de elevado misticismo: pero todo esto sencillamente, sin aparato; sin premeditación; con la espontaneidad que era propia de su carácter.

En esta nueva ocasión, en que viví en íntima comunicación con él, pude apreciar de manera más completa la absoluta pureza de su alma. El conoció a Europa por sus aspectos más nobles y elevados, que son los que hacen de este continente una escuela insuperable de cultura; visitó los santuarios, los museos, las bibliotecas; los grandes monumentos del arte y de la historia; los sitios embellecidos por la naturaleza o por la mano del hombre; pero no tuvo la curiosidad siquie-

ra de conocer esos otros aspectos de la vida europea, que desgraciadamente son los que más interesan a los jóvenes de nuestros países; y que por su incurable frivolidad o por su carácter puramente sensual, no revelan otra aspiración que la del goce de la hora presente. No era Hernando de esos seres pacatos que apartan la vista para no contemplar las maravillas del arte griego o de la pintura del Renacimiento; pero sabía colocar la belleza muy por encima del deleite de los sentidos; y desdeñaba por instinto las bajas manifestaciones de la sensualidad.

La vuelta al hogar, produjo en Hernando la inmensa alegría que se revela en los versos titulados *El regreso*, henchidos de verdadero sentimiento. En esta y otras poesías subsiguientes, así como los bellos sonetos sobre la Eucaristía, el versificador rígidamente clásico de los primeros ensayos, da a sus versos mayor delicadeza y blandura; y hace vibrar en ellos una nota de emoción personal. Véanse también los sentidos cuartetos dirigidos a su prometida desde Bogotá y que son como anuncio de sus próximas bodas, las cuales se efectuaron en Cali, en enero de 1897.

Tuvo Hernando la inmensa satisfacción de conducir a su hogar materno una nueva hija, que desde el día de su llegada, pareció como si en él hubiera nacido y se hubiera criado; tan grande era la conformidad de caracteres, de gustos de educación; tan bien armonizaba la recién llegada en el cuadro de aquella familia, que venía a completar con su amor, con su inteligencia; con su infinita delicadeza de corazón,

Hernando fue plenamente feliz. Se dedicó al ejercicio de su profesión y a negocios particulares, sin dejar de prestar grande atención a la política, aun cuando no tuvo por entonces ingerencia directa en los asuntos públicos. Así lo sorprendió la guerra de 1899, que desoló

su corazón de patriota con el espectáculo de tantas ruinas, lo mismo materiales que morales. Con frecuencia comentábamos los incidentes de aquella guerra fratricida, que asoló el país, consumó su descrédito en el exterior, destruyó la riqueza pública y nos avocó al desastre de Panamá. Fue para Hernando una suerte el haber estado en todo este período fuera del Gobierno, pues en medio del caos en que se agitaba la República, combatida por tantos elementos propios y extraños y atacado rudamente el principio de autoridad, aun las mejores intenciones y los más nobles propósitos solían quedar oscurecidos y anulados. Parecía imposible sacar el país del abismo en que día por día se iba hundiendo; la guerra se prolongaba por espacio de tres años; el cambio sobre el exterior había subido en progresión fantástica, empujado por la inundación de papel moneda: todo parecía anunciar

La catástrofe horrenda, que no vino;

y al fin y al cabo, todo eso fue pálido bosquejo de lo que después han presenciado y padecido las más prósperas y civilizadas naciones de Europa. Y el país resurgió, con bríos juveniles, no sospechados.

Obligado por la necesidad de vivir y de no dejarse ahogar por aquella marea ascendente, que consumía todas las fortunas; hubo Hernando de ensayar muy diversos negocios; y hasta se aventuró, algún tiempo después, a emprender la construcción de una magnífica casa en la Avenida de la República, previendo el gran porvenir que le esperaba a ese sitio, hoy el más ambicionado de toda la ciudad. Desgraciadamente, en esta ocasión el éxito no correspondió a sus afanes ni al interés que puso en hacer una mansión tan sólida como bella: tuvo que venderla por un precio que hoy sería irrisorio; pero que fue el mayor que pudo obtener en aquellos inciertos tiempos.

Pacificado el país, el Gobierno reunió el Congreso en 1903; y Hernando fue elegido para la Cámara de Representantes. Inició entonces una carrera parlamentaria que había de ser tan honrosa para él como útil para el país. Era orador por nacimiento y por herencia. Su padre y su tío ocupan puesto preeminente en la historia de la elocuencia colombiana. Era don Carlos un luchador formidable que sabía esgrimir todas las armas del ataque y de la defensa. De fácil y cálida palabra, de voz vibrante y poderosa, de admirable memoria; pronto siempre a la respuesta fulminante, a la observación irónica e incisiva, sabía medirse él solo con una legión de contrarios; y crecía con la lucha y la contradicción. Don Miguel Antonio era en la tribuna el maestro, el expositor sabio y profundo, que desarrollaba con claridad meridiana las más difíciles cuestiones constitucionales; y envolvía al adversario en la red invencible de sus argumentos, sin dejar de darle el golpe mortal con la maza de su terrible ironía.

Hernando hubiera sucumbido bajo el peso de esta doble herencia, si no hubiera tenido condiciones propias que le dieron a su oratoria un carácter personal, sin hacerle perder el aire de familia.

Físicamente, recordaba Hernando a su padre: la blancura de la tez; los rojos cabellos; los ojos claros; la aguda barbilla; le daban gran parecido con su progenitor, aun cuando no tenía el arrogante empaque napoleónico de éste. Tampoco heredó la magnífica voz paterna: la suya era débil, de no muy grande resistencia; y para esforzarla, le daba un tono hueco y sordo, que causaba efecto extraño. Pero cuando la emoción lo enardecía, entonces su palabra adquiría tonos cálidos y vibrantes, y sabía llegar al corazón.

Hallaba Hernando una fuerza incontrastable para su oratoria en su absoluta integridad moral, que la hacía

convinciente para los unos, respetable para los adversarios. Combatía por sus ideas; *pro aris et focis*; no por motivos de interés personal, ni por pasiones de partido. Los actos de su vida obedecían, ante todo, a sus profundas creencias religiosas, que no se mantenían en la esfera neutra de los cristianos pasivos e indiferentes, sino que se elevaba a las esferas de la contemplación espiritual. Veía con la evidencia de la fe, las cosas que para la mayor parte de los hombres se esconden en la región del misterio y sólo se columbran a los reflejos de la esperanza.

Amaba Holguín a su partido, no solamente porque lo veía estrechamente enlazado con la historia de los suyos, sino por convicción profunda; por la creencia de que los principios conservadores representaban el bien de la República. Cuando hablaba, lo hacía en nombre de una idea, de una razón ideal y desinteresada. Era el *vir bonus, dicendi peritus*.

Pero si combatía con ardor en el terreno de los principios, jamás se movió por pasión personal, ni dejó de cultivar relaciones, a veces de amistad muy cordial, con los personajes más conspicuos de otros grupos o partidos. Así es que no tuvo enemigos, y cuando murió, sobre su sepulcro resonaron, con sincera emoción, las alabanzas de políticos tan alejados en ideas como Enrique Olaya Herrera y José Joaquín Casas.

Hernando le tenía amor al parlamento; y no hallaba incompatible con la vida interior a que lo inclinaba su temperamento ascético, la lucha de las ideas en el hemicycle del Congreso. Desde 1903 fue partidario de que éste se reuniera anualmente; por considerar que de otro modo su acción, por tardía, resultaba ineficaz (1). No

(1) En ese año, Holguín y el autor de estas líneas, que ocupaba un puesto en el Senado, redactaron un pliego de reformas, entre las cua-

creyó nunca en la conveniencia de ensayar entre nosotros el régimen parlamentario, tan ajeno a nuestras tradiciones y a nuestra organización constitucional y que, adoptado en Chile, dio deplorables resultados; pero creía que, manteniéndose, como debía mantenerse el régimen presidencial, se requería la activa cooperación del Congreso, para guardar el equilibrio de los poderes y dar un desahogo a la opinión pública.

Recuerdo el interés con que me hablaba de aquellas tempestuosas sesiones de la Cámara, en 1911, después del incidente de La Pedrera, cuando Olaya Herrera y Uribe Uribe se batían en duelo a muerte, con las armas de su aguerida elocuencia; en atmósfera de tempestad, que parecía conservar el olor a pólvora de las descargas de aquel lejano suceso; en medio de un público palpitante de encendidas pasiones; entre gritos, invectivas y aplausos; y agregaba: «aquello era terrible ¡pere al propio tiempo yo no podía menos de pensar: esto es la República!»

Recuerdo por mi parte una sesión de la Cámara en los postreros días del Congreso de 1903, cuando un pequeño grupo de representantes tentó un esfuerzo supremo a fin de hacer pasar una moción que podía ser decisiva para la suerte de la República en Panamá. Aún me parece verlo levantarse de su silla, a impulsos de fervida emoción, y extender los brazos, en ademán patético, como si hubiera querido conjurar, con sus patrióticos augurios y su fervoroso llamamiento, el peligro que él veía inminente y fatal. Allí alternó sin desventaja con Guillermo Valencia, que entonces, como

les se contaba la de que arriha se trata; y lo presentaron, con una exposición de motivos, para que quedara sobre la mesa de una y otra Cámara: ya que en esas sesiones no podía discutirse por haberles dado el Gobierno el carácter de extraordinarias.

siempre, fascinó al público, con el prestigio de su maravillosa palabra. Hernando luchó como bueno hasta el último instante de aquella histórica sesión; y estoy seguro de que los miembros de esa mayoría, que no quiso acompañarlo, lamentaron muy pronto como verdaderos patriotas que eran, no haber tenido una tan exacta previsión de la próxima catástrofe.

Como orador de raza, tenía el arte de imponerse a las multitudes. En 1910, durante las fiestas del Centenario de la Independencia, fue designado para hablar delante de la estatua de Nariño. Correspondíale subir a la tribuna después de un eminente escritor y poeta liberal, a quien su partido hacía entonces ingrata acogida, por el recuerdo de las elevadas ideas de pacificación y concordia, que había sostenido en tiempos de pasión belicosa y que después fueron generalmente aceptadas. Se sentía una fuerte marejada en el inmenso concurso que llenaba la plaza. Presentóse serenamente Holguín; y con un noble gesto reclamó atención y silencio. Repentinamente se aplacaron los rumores; se serenó el ambiente; y ruidosos aplausos coronaron el elogio que Holguín hizo del gran precursor de la independencia.

Aun cuando sostenedor decidido del principio de autoridad, fue Hernando siempre fiel al lema de su partido: libertad en la justicia. Así es que no figuró entre los muchos hombres públicos de todos los partidos que prestaron su cooperación al régimen instalado en 1904, sin que por eso dejara de mostrarse deferente con el General Reyes, en quien reconocía grandes dotes y a quien tuvo cariño personal. Ni se le ocultaba que las condiciones anormales en que se hallaba el país, el prestigio del hombre y de su programa de concordia y de progreso, explicaban el entusiasmo con que había sido acogido por gran parte de la opinión.

Aplaudió, además, varias de las reformas que entonces se hicieron, entre ellas la representación de las minorías y la división territorial, por la cual había abogado desde 1888 don Carlos Holguín. Pero no vaciló en manifestar sus opiniones, como conservador sinceramente republicano, en la época en que el poderío de aquel Gobierno había llegado a su punto más alto. En una reunión memorable, convocada por el Presidente en el palacio de gobierno, expuso Holguín con franqueza su opinión en favor de que se concediera una justa libertad a la prensa, en la forma prescrita por la Constitución. Fue voz casi solitaria; no atreviéndose a acompañar a Holguín personajes conspicuos de los partidos avanzados, contenidos por el momento para expresar su opinión por razones de prudente oportunismo.

En 1909 dejó el General Reyes el Gobierno en poder del Designado don Jorge Holguín, tío de Hernando, y por quien éste tenía tanta admiración como cariño. Acaba de morir don Jorge, y el universal sentimiento que su desaparición ha causado; el testimonio de simpatía que le han rendido todos los partidos son prueba inequívoca del mérito de aquel ilustre hombre público. No tenía la clásica cultura de don Carlos; no era, como él, un escritor ni un humanista; pero era hombre de muchas lecturas y de grande experiencia; conocía profundamente la índole del país y el carácter de los partidos; y como político hábil, perspicaz y sereno pocos han podido comparársele. Desde su regreso al país, empezó a inclinar al General Reyes hacia una vuelta al régimen normal; y en tal sentido se inspiraron las últimas leyes expedidas por la Asamblea Nacional, la cual cesó, convocándose a elecciones para el Congreso. En aquellas graves circunstancias, correspondió a don Jorge la dura tarea de mantener la autoridad del Gobierno en frente de una reacción potentísima, compues-

ta de elementos de todos los partidos; y a su habilidad y patriotismo se debió en mucho la conservación de la paz. Hernando se creyó moralmente obligado a acompañar a su ilustre deudo, y aceptó momentáneamente un puesto en el Ministerio para poder levantar la voz en las Cámaras en su defensa. El, que no había recibido ventaja ni honor ninguno del Gobierno del quinquenio, no vaciló en adoptar una actitud que pudo restarle muchas simpatías de la opinión entonces preponderante. Pero no fue así; la rectitud de intenciones se impone; y un año después, resurgida inopinadamente la Asamblea Nacional de las cenizas del Congreso, Hernando ocupó asiento en ella. Formó en el grupo que se esforzó por armonizar el impulso reformador que entonces predominaba con el interés superior y permanente de no alterar las líneas fundamentales del organismo constitucional, fruto de una mente poderosa, que tuvo como uno de sus rasgos distintivos, el concepto de la armonía. En este camino no temió en enfrentarse, de hombre a hombre, a la voluntad imperiosa y dominadora del general Benjamín Herrera, fácilmente inclinado a la amenaza. Aceptó Holguín de buen grado cuantas reformas juzgó útiles y oportunas; pero a otras novedades se opuso con grande elocuencia. En la Asamblea contrajo mucha amistad con un joven del campo opuesto, elocuente orador también; y que estaba destinado a una brillante carrera parlamentaria y política: Enrique Olaya Herrera.

En 1909 falleció don Miguel Antonio Caro, en momentos en que el país volvía los ojos a él, como a uno de los grandes hombres civiles con que contaba la república. Sintió Hernando profundo dolor ante la desaparición de esa inteligencia, que había iluminado,



como astro de primera magnitud, el campo de las letras y el de la política en Colombia. Pero tuvo el consuelo de presenciar el homenaje que le tributó la nación entera y de escuchar la consagración solemne que de su gloria hicieron ante sus despojos mortales, las voces elocuentísimas de José Vicente Concha y de Guillermo Valencia.

En el primer Congreso que se reunió durante la Administración del doctor Carlos E. Restrepo, Holguín ocupó puesto en el Congreso: y en ocasión memorable, fue elegido Presidente del Senado. De allí salió a desempeñar, con general aplauso, el alto cargo de Ministro Plenipotenciario en Francia y en España.

En ese tiempo se había iniciado la formación de un nuevo partido, con el nombre de republicano, a fin de dar carácter permanente a la transitoria coalición de partidos, que con el título de unión republicana se había constituido para combatir el régimen autoritario del general Reyes. Holguín no formó en las filas del nuevo partido, que no juzgó oportuno ni con condiciones de estabilidad, y fue ardoroso partidario de la concentración conservadora, que evitó la dispersión de elementos indispensables para la conservación del régimen constitucional. No obstante esta discrepancia de ideas, el Presidente Restrepo, apreciador de los altos merecimientos de Holguín, le honró con el indicado puesto diplomático.

Fue para Hernando un gran placer el volver a Europa en compañía de su esposa, y llevando, además, consigo, a su madre y hermanas. Se instaló decorosamente en París; y su casa fue un centro de reunión para la colonia colombiana, que era recibida con la elegante sencillez y la amabilidad propias de esa familia. Sin descuidar las atenciones de la vida diplomática, Hernando consagró largas horas al estudio y asis-

tía asiduamente a cursos de ciencias políticas y a conferencias históricas y literarias. Al lado de él su hermana Margarita cultivaba la pintura, y ejecutaba la serie de cuadros que, llevados a Bogotá, le dieron puesto de honor en la moderna escuela de arte colombiano.

Estuvo ocasionalmente en Roma y fue recibido cordialmente, con su familia, por el noble y simpático Benedicto XV, quien al verlo, recordó el parecido que tenía con don Carlos, a quien había tratado familiarmente en Madrid el futuro Pontífice cuando era auditor del egregio Rampolla. Esta visita a Roma inspiró a Hernando un efusivo soneto.

Estuvo también en España. Grande debió ser su emoción al presentar sus credenciales a don Alfonso XIII, recordando que en aquel mismo sitio, don Carlos, primer Ministro de Colombia en la madre patria, se había presentado a don Alfonso XII, padre del joven soberano; y en breve y gentilísimo discurso, le había manifestado que la hija se presentaba de nuevo ante la madre, trayendo intacto el depósito que de ésta había recibido: la fe, la lengua, la tradición de la raza. No menos bello y oportuno fue el discurso de Hernando que se cierra con un rasgo verdaderamente feliz:

«Señor:

«Tengo la honra de poner en manos de Vuestra Majestad las cartas de retiro de mi honorable antecesor el señor don Santiago Pérez Triana, y las que me acreditan como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia ante el Gobierno de Vuestra Majestad.

«Ninguna misión más grata a mi corazón de patriota pudo nunca confiarme el señor Presidente de la República; ninguna tampoco que me permita expresar

con mayor sinceridad de alma los sentimientos del Gobierno y del pueblo de Colombia.

«Sabe Vuestra Majestad que Colombia se ufana de ser un pueblo netamente latino y netamente español; y en mantener incólume este carácter tradicional de nuestra nacionalidad están acordes todos nuestros conciudadanos, lo mismo los hombres prominentes de la sociedad que las clases populares.

«Para mí personalmente, considero, señor, como motivo de íntima satisfacción, el poder hoy renovar delante de Vuestra Majestad los mismos sentimientos, los mismos votos y esperanzas que hace ya más de treinta años expresara en estos sitios el autor de mis días ante el augusto padre de Vuestra Majestad, el Rey don Alfonso XII.

«Pido al cielo fervientemente por la dicha personal de Vuestra Majestad, de Su Majestad la Reina y de toda la Real Familia, y por la prosperidad de esta nación nobilísima, que hoy rige Vuestra Majestad gloriosamente, y de la que nunca hablamos los colombianos sin juntar las dos palabras más hermosas de la lengua española: madre, patria».

Asistió a las sesiones de la Academia española, de la cual era miembro correspondiente, como individuo de número de la colombiana. Cuando ésta se reorganizó, después de muchos años de receso, pareció a todos natural que Hernando ocupara el sillón de su padre. Resistiólo él, con su exagerada modestia; pero al cabo cedió a las observaciones nuestras y, sobre todo, a la voluntad de nuestro venerado Director, quien lo recibió en la sesión de 11 de marzo de 1911, contestando a su discurso con otro, que como todos los que salen de la mente privilegiada de Monseñor Carrasquilla, es modelo de finura, de ingenio y de penetración psicológica.

Objetaba Hernando que él no era literato y que no había publicado ningún libro. Pocos colombianos han sido más literatos que él, si se da el calificativo a quien se ha formado en la lectura de los grandes autores; ama, con pasión preferente, las letras; y las cultiva, aun en medio de prosaicas atenciones de otra índole, procurando revestir de bella forma literaria los estudios políticos y hasta los alegatos jurídicos. Hernando escribió pocos versos; y no siempre lograba la perfección de la forma poética; pero su vida toda era poesía; y de lampos poéticos están iluminadas su carrera pública y su existencia doméstica. Puede decirse que la poesía era el ambiente en que respiraba su alma; que era una de las fases de su aspiración mística, de su ascensión a las alturas. Pero si la forma métrica era a veces rebelde, no así la prosa que corría fácil y gallarda, de los puntos de su pluma de expositor y polemista. Con sus escritos de índole muy variada, pero en que predomina la defensa de sus ideas religiosas y políticas o las reminiscencias de carácter histórico, pueden formarse varios volúmenes, que ocuparán puesto muy honroso en la literatura política del país. Como polemista recuerda a su padre, por la elegante soltura del estilo, lo incisivo de la argumentación, el brío de la defensa. De sus discursos políticos quedan, desgraciadamente, pocos recuerdos escritos; pero sus oraciones académicas dan una noble idea de su elocuencia; y con este solo título habría ganado su sillón en la Academia; pues tanto en la española como en la francesa, la elocuencia ha sido honrada como uno de los géneros más encumbrados de la jerarquía intelectual; y académicos famosos ha habido que nunca escribieron un libro y que dejaron su renombre en los anales del parlamento. Tales fueron en España, entre otros muchos, don Antonio Ríos Rosas y don Cristino Martos.

Dos señalados triunfos tuvo Hernando como orador durante su permanencia en Europa. En 1912 celebróse con gran pompa el centenario de las cortes de Cádiz; y Holguín fue designado para concurrir en representación de Colombia. Delicada era la situación, porque se trataba de una celebración apologética; y Holguín no podía hacer un panegírico incondicional de la famosa constitución expedida cien años antes, que sentó, ciertamente, las bases de la vida moderna de España; pero que pretendió cambiar, bruscamente, en puntos esenciales, la antigua tradición nacional, causando una grave perturbación en los espíritus. Fue obra de ideólogos, que en muchas cosas se anticiparon a su época y en ocasiones olvidaron las circunstancias del país para el cual disponían aquel nuevo organismo constitucional. Holguín habló como pensador cristiano, como hijo de España, y como ciudadano de una república en donde la libertad tiene altares indestructibles. Fue muy aplaudido; y los asistentes recordaban con simpatía a aquel americano, cuya voz no podía competir con el vigoroso acento de los oradores españoles; pero que se expresaba con una elevación de ideas y en un lenguaje tan elegante y castizo, que llamaba la atención en aquel célebre torneo de elocuencia, en que tomaron parte grandes maestros de la palabra, que nunca han faltado en España, tierra clásica de la oratoria política, desde Toreno y Alcalá Galiano, hasta Maura y Vásquez de Mella.

El otro triunfo fue aún más satisfactorio para Holguín. En el verano de 1914 se celebró el Congreso Eucarístico de Lourdes, al cual concurrió una peregrinación colombiana. Nuestro Ministro asistió como excepción solitaria, entre todos los representantes diplomáticos acreditados en Francia. En la solemne procesión iba él, solo, en primer término, de grande uniforme y

cruzado el pecho con la banda de la cruz de Isabel la Católica: después venía un grupo de diputados franceses. Era inmensa la afluencia de españoles e hispano-americanos; y en una de sus asambleas, pronunció Holguín un elocuentísimo discurso, que arrancó aplausos y lágrimas. Gran suerte tener ocasión de hablar en aquel lugar incomparable, en donde la naturaleza parece como transfigurada por un soplo divino y en donde no hay arena del suelo que no haya recibido una lágrima, una gota de sudor o de sangrel Tierra consagrada por el dolor, la fe y la resignación!

Rápidamente cambió el escenario. A aquella dulcedumbre idílica sucedió una de las más horrendas catástrofes de la historia. Estalló la guerra europea, convertida luego en conflagración universal. El Gobierno francés salió de París, en vista de la proximidad de la invasión germánica; y Holguín, que había vuelto rápidamente a la capital, lo acompañó en su éxodo hacia el sur de Francia. Allí tuvo el dolor de saber la noticia de la muerte del grande orador católico, conde Alberto de Mun, a quien había visitado en París, no solo por la admiración que hacia él sentía, sino porque en su casa se rendía culto a la familia de La Ferronnays, de la cual era insigne vástago el Conde. La lectura de la *Relación de una hermana*, de Mad. Craven, despertó en las familias de Bogotá este culto; y muchas de nuestras matronas llevaron los nombres de las egregias damas que formaron el grupo admirable de aquella raza privilegiada. Holguín dedicó al Conde de Mun un bello recuerdo necrológico.

Con motivo de la guerra, el Gobierno de Colombia redujo el servicio diplomático y puso término a la misión de Holguín, que regresó al país en medio de los azares y peligros de aquella lucha apocalíptica. Al llegar a Colombia fue nombrado ministro del Tesoro,

puesto que no aceptó. Pero no por eso dejó de servir al país en la cátedra, en el Congreso, en la Comisión asesora de Relaciones Exteriores.

En este último puesto, Hernando, en diversas ocasiones, algunas tan delicadas como cuando tuvo la comisión de entenderse con el enviado confidencial de Panamá, doctor Mendoza, fue un ilustrado y patriota colaborador del Gobierno. Estudiaba los asuntos a conciencia, y su concepto era fruto de sereno estudio y honrada convicción.

Del seno de la Comisión lo sacó el eminente señor Suárez para confiarle el Ministerio de Relaciones Exteriores; puesto que aceptó gustoso, como adecuado a sus estudios y a su situación social. En su elegante casa de la calle 12, recibía dignamente al Cuerpo diplomático; y seguramente, ninguno de sus mundanos huéspedes sospechó que debajo del frac irreprochable de aquel Ministro se ocultaba el cuerpo penitente de un asceta. En ese año de 1919, fue llevada a Bogotá la veneranda imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá; y Holguín la acompañó desde los límites del municipio capital, como un peregrino, con la cabeza descubierta y siguiendo en sus rezos al respetable prelado Monseñor Leonidas Medina.

Pocos meses permaneció Holguín en el ministerio; y no fueron ellos de tranquilidad. Discutiase en el Senado de los Estados Unidos el tratado que se había celebrado en 1914 para poner término a los asuntos de Panamá; y cuando ya parecía inminente la aprobación de ese pacto, un incidente imprevisto detuvo aquel acto de justa reparación y volvió a abrir, en la accidentada historia de nuestras relaciones con la gran república del Norte, un ansioso interrogante. Fue éste un rudo golpe para el Presidente Suárez, que consideraba como uno de los puntos capitales de la política internacio-

nal de Colombia, el arreglo con los Estados Unidos. Complicóse su situación, por haberse publicado en Nueva York con la mejor intención, un cablegrama que él dirigió confidencialmente a un compatriota; y que, como no había sido destinado a la publicidad, no estaba redactado en la forma que hubiera correspondido a una declaración del Gobierno en aquellos delicados momentos. La impresión fue penosa; y Holguín, que no había tenido noticia de la existencia de ese cablegrama, al enterarse de él y de los comentarios de que era objeto, creyó que era el caso de retirarse del ministerio; lo que efectuó, no sin pena, porque tenía por el señor Suárez grande admiración y respeto. Algún le informó que ciertos elementos hostiles al Presidente pensaban hacerle a él una demostración pública con motivo de su renuncia; pero Holguín estuvo resuelto a sustraerse a toda manifestación que pudiera envolver una censura al Jefe del Estado, a cuya casa acudió a reiterarle su adhesión personal y política el día en que se temió que el señor Suárez pudiera ser objeto de actos de hostilidad por parte de grupos de oposición violenta, empeñados en arrojarlo del Palacio de la Carrera. Fracasó entonces la tentativa; pero quedó latente la amenaza, que se convirtió en realidad en 1921, cuando una coalición parlamentaria puso al señor Suárez en el caso de retirarse del Gobierno, lo que él ejecutó noble y patrióticamente a cambio de facilitar la aprobación del tratado con los Estados Unidos, que ya había finalmente aceptado, con modificaciones, el Senado norteamericano.

En este último período de su vida, se consagró Hernando con más ardor quizá que nunca, al ejercicio de una de las virtudes predilectas de su alma: la caridad. El había sido desde joven miembro activo de la benemérita sociedad de san Vicente de Paúl, y fue su Pre-

slidente; honor muy señalado, por tratarse de una institución veneranda, fundada y dirigida por varones ejemplares, modelos de cristianas virtudes y deseosos de señalar cada día con una obra buena, con una iniciativa benéfica. Hernando se complacía en ir personalmente a visitar y a consolar a los pobres a los sitios más lejanos, a las habitaciones más miserables. Nadie acudió a él sin ser aliviado, no solo en sus necesidades materiales, sino en sus tristezas y dolencias del alma. En París no abandonó la práctica de la caridad; y procuró penetrarse aún más del espíritu de Ozanam.

Pero otra forma revestía también la caridad de Hernando; más escasa en el mundo, más difícil de practicar. Era caritativo en sus juicios sobre los demás hombres; en la manera de apreciar los actos y de interpretar las intenciones. El «no juzguéis si no queréis ser juzgados», resonaba constantemente en sus oídos; y su natural generoso, lo inclinaba espontáneamente a la benevolencia y al olvido de las injurias.

No germinó en él jamás el sentimiento de la emulación, tan propio de nuestra pobre naturaleza humana, y mucho menos el de la envidia, característico de almas ruines. Celebraba los triunfos ajenos con más entusiasmo que los propios: ni en el campo social ni en el político, ni en el literario, le costó el menor esfuerzo reconocer el mérito de los demás. Aun se inclinaba a exagerar las cualidades de sus amigos; y a ver sus obras con lentes de aumento. El pesar del bien ajeno no amargó un solo minuto de su existencia.

Conservó Hernando hasta al último día la jovialidad de su carácter. En la casa de él o en la mía solíamos reunirnos de noche unos cuantos amigos, en velada íntima y familiar: entre ellos se contaban Monseñor Carrasquilla, José Joaquín Casas, Diego Uribe, Laureano García Ortiz, Alfonso Robledo, Raimundo Rivas,

Juan A. Zuleta, Antonio J. Mejía y algunos más. Se hablaba de literatura; se hacían gratas reminiscencias de tiempos pasados. Hernando era allí, como en todas partes, el centro de la animación: siempre pronto a la improvisación chispeante; a la frase festiva.

A fines de 1920 llegó a Bogotá la célebre compañía dramática de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Tuvo Hernando gran placer en conocer a tan ilustres artistas, y asistió con el más vivo entusiasmo, a casi todas las piezas de aquella inolvidable temporada, no obstante que por entonces residía en una quinta lejana de la capital.

En dicho año escribió varios artículos importantes. Su último acto académico fue el de su posesión en la Academia de Jurisprudencia, en la cual pronunció un magnífico discurso en defensa de la libertad humana, contra la tendencia determinista de flamantes escuelas jurídicas. Digno remate de su labor de pensador cristiano fue este alegato en pro de una de las prerrogativas más excelsas de la criatura humana, y de las que más la distinguen y diferencian de todos los demás seres que pueblan la tierra.

En marzo de 1921 cumplió Hernando cincuenta años. Había llegado a la plenitud de la vida; lleno de vigor intelectual, sano de cuerpo y de espíritu. Gozaba de una envidiable popularidad; y la opinión general lo había señalado como uno de los próximos presidentes de la República; regocijándose de antemano con la perspectiva de ver las riendas del Gobierno en manos de un justo. Pocos días después sobrevino la catástrofe. Salió Hernando de su casa, descuidado y sonriente; y al pasar frente de la iglesia de Santa Clara vió en el andén opuesto a su amigo Laureano García Ortiz, y quiso pasar a saludarlo. En el momento en que se daban la mano, un ciclista, que cruzó bruscamente la esquina,

se precipitó entre los dos y los derribó, golpeándose Holguín violentamente contra el andén. Perdió el sentido: cuando García se levantó, creyó que Hernando estaba muerto: tal era su palidez y el aspecto de su rostro. Lo condujeron en un automóvil a su casa. Al entrar, ya había vuelto en sí. Yo lo vi pocos minutos después; y parecía recobrado del terrible choque; pero no podía moverse; su primer cuidado cuando recobró el sentido fue rogar que no se procediese contra el autor del atropello; y no descansó hasta obtener del Director de la policía la promesa de ponerlo inmediatamente en libertad. Cuando se hizo la radiografía, pudieron los médicos apreciar una fractura del fémur en la pierna izquierda. Así pasaron varios días, en inquietud e incertidumbre. La pierna enferma fue cubierta de yeso. En la noche del 25 de abril, empezaron a flaquear las fuerzas, de manera tan visible, que la familia se llenó de consternación. Acudió Monseñor Carrasquilla, el amigo de todas las horas de dolor y de tristeza; el que ha señalado el camino del cielo a tantas personas de nuestra familia. Cuando le dijo a Hernando que le iba a aplicar la extremaunción, exclamó éste con voz entera: *Deo gratias*. Dulce, suavemente, se quedó dormido en la paz del Señor.

No intentaré explicar la sorpresa y el dolor que este imprevisto desenlace produjo en mi corazón. Pocas penas más grandes he sentido en mi vida. Veía desaparecer al compañero de mi juventud; al amigo, al hermano. Grande fue también el efecto que la noticia causó en la nación entera. El Gobierno le tributó los debidos honores. Miembros eminentes de las Cámaras llevaron la voz en nombre de esas corporaciones, entonces en receso. El convoy fúnebre fue acompañado por la sociedad entera. La prensa de todos los matices fue unánime en la expresión de su sentimiento. De pocos co-

lombianos se han escrito cosas tan bellas, elogios tan expresivos como los que constan en el volumen que formó la familia con las publicaciones que se hicieron en su honor, dentro y fuera del país.

El Senado dispuso que se colocara el retrato de Holguín en uno de sus salones. Allí fue inaugurado, cerca de los de don Carlos Holguín y don Miguel Antonio Caro, con un patético discurso de José Joaquín Casas.

Pero el monumento que conserva memoria más perdurable de este insigne colombiano, son sus escritos, que constituyen su más hermoso retrato moral.

Al escribir estas páginas, he consignado mis recuerdos de la vida de Hernando, sin especial intención apologética. No desconozco que tratándose de un hombre que influyó durante muchos años en la política activa del país, no todos sus actos podían reunir la unanimidad de opiniones en su favor, ni aun siquiera entre sus copartidarios. Pero la liquidación final de su conducta para con su partido y para con la patria, le fue absolutamente favorable; y estoy seguro de que si algunos no estuvieron conformes con él en este o aquel momento de su acción política, nadie puso en duda nunca su integridad moral, la pureza de su patriotismo, la rectitud de sus intenciones.

En cuanto al hombre privado, puedo decir con verdad que pocas veces me he acercado a un ser que llevara tan marcado como él el sello divino de la elección.

Cierro estos apuntes en una fecha que despiertan en mi corazón los más tiernos y dolorosos recuerdos. Hoy hace veinticinco años se celebró mi matrimonio, al cual asistió Hernando con efusión de hermano, compartiendo nuestra alegría. Varios de los concurrentes obsequiaron a mi esposa con sentidos y espirituales versos:

don Jorge Holguín, su tío, mi padre, Hernando, Diego Uribe,... todos ellos han desaparecido, lo mismo que la inspiradora de ese poético homenaje! Cuando pienso en esto; en la fúnebre soledad que me rodea; en la tristeza del camino que falta por recorrer; en el formidable misterio del más allá, siento flaquear el corazón y me abruma el tedio de la vida. Pero cuando pienso en los seres santos y puros que he tenido a mi lado y cuyos consejos y ejemplo me han confortado en mis tribulaciones; cuando hago el recuento del tesoro de virtudes que poseyeron y que derramaron, como lluvia benéfica, en torno suyo, siento la íntima convicción de que sería un absurdo, más monstruoso que el desquiciamiento de las leyes físicas, que al paso que no hay energía material que se pierda ni aniquile, la virtud, en cambio, la bondad, el espíritu de abnegación y de sacrificio, la aspiración al ideal, todo lo que constituye la nobleza del hombre, estuviera condenado a perderse en el vacío de la nada. Yo, por mi parte, declaro que más que en las enseñanzas de los libros hallo fuerzas para esperar, en la expresión de beatitud de los labios entreabiertos, helados por el beso de la muerte, de los seres que he amado!

Roma, 5 de mayo de 1928.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico